

El viaje eterno

Un libro brillante mezcla de textos y fotos, recupera la memoria de la inmigración irlandesa a Inglaterra: orgullo, desolación y dolor



JORGE ALACID
jalacid@diariolarioja.com

LOGROÑO. Cuenta Timothy O'Grady que mientras escribía 'Sabía leer el cielo' a partir de unas imágenes captadas por el ojo mágico de Steve Pyke observó que procedía incorporar a la literatura algunos atributos de la fotografía, hasta construir un lenguaje tan «directo e inexplicable» como el propio de un fotógrafo. Para alguien como O'Grady, que se había manejado hasta ahora en la periferia de la alta literatura, aceptar el desafío de levantar un libro tan hondo y delicado escribiendo, como él relata con lucidez, «contra las fotografías» que Pyke le fue pasando tenía algo de homérico, propio por lo tanto de la tierra irlandesa donde nació. La huella de Irlanda, el eco de la tradición literaria y el peso de la historia: sobre esos materiales levantó el libro recién editado por Pepitas de Calabaza (traducción de Enrique Alda), que recopila la memoria de emigración irlandesa a Inglaterra. Un profundo homenaje a la idea del viaje eterno del pueblo irlandés. Una historia que oscila entre dos sentimientos contradictorios: la idea de orgullo y el concepto del dolor. Una cartografía de la desolación.

Ocurre que las fotos de Pyke rezuman esa paradójica poesía que nace del desamparo. La pobreza es fotogénica, ya se sabe, pero también es honorable cuando queda retratada con la compasión que Pyke, multipremiado profesional muy habitual de publicaciones tan prestigiosas como The New Yorker, retrata a sus personajes. Se trata de la misma mirada hipnótica que destilan las

páginas que O'Grady entregó a la imprenta mientras iba poniendo voz a los desheredados de la vida con que iba tropezando por las cunetas de la historia y dejándose atrapar por la mística que encierran los abatidos paisajes del oeste de Irlanda. Un espacio que puede ser como cualquier otro, a condición de que reúna parecidas propiedades: el vigoroso peso de la historia, un territorio indomable y unos habitantes taciturnos y ensimismados que, sin embargo, encierran un potencial universal. Millones de secretos y cuentas pendientes acechando en cada conversación: la buena literatura, como prueba este libro, suele ser cuestión de oído.

El peso de la tradición

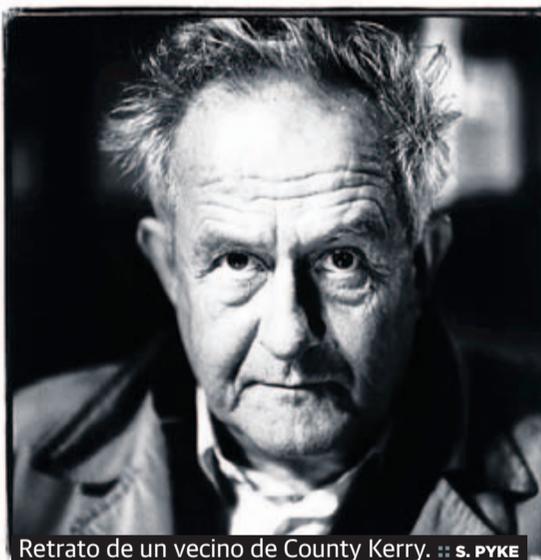
Ese adiestrado oído que O'Grady reclama como genuino en la tradición literaria irlandesa y que él pone al servicio de una trama con pinta de rompecabezas donde el lector encontrará por supuesto ecos de sus paisanos en el Ghetto literario, de Beckett a Banville pasando desde luego por Joyce; al fondo, se percibe un lejano eco que recuerda el mundo de la canadiense Alice Munro. Una escritora proclive también a entronizar en sus historias a estos tipos extraídos de la pura cotidianidad que en su escritura, como en la de O'Grady, se elevan hasta sublimarse. Aunque O'Grady descarta similitudes entre su universo y el propio de la Premio Nobel canadiense, sí acepta que la gravedad del paisaje representa un hilo de continuidad entre su obra y la de tantos otros escritores: citando a John Berger, autor por cierto de un hermoso prólogo a su libro, subraya que «las poblaciones rurales separadas por océanos y continentes tienen más en común que las poblaciones urbanas».

Ahí reside probablemente la almendra de su relato, la clave de arco que ayuda a desentrañar el misterio de una prosa adictiva y original: que formando parte de una fibra centenaria, la que distingue al eterno contador de historias, al narrador oral tan asociado al imaginario irlandés, O'Grady filtra sus relatos mediante un doble ardid, esa línea de pensamiento que proponía Walter Benjamin. «Benjamin decía que hay dos tipos de historias», recuerda O'Grady por correo electrónico. «La del viajero que regresa y cuenta lo que ha visto y la del narrador que se queda en el mismo sitio y cuenta lo que le rodea».

De esa tendencia bipolar extrae Timothy O'Grady para su libro una técnica literaria que atrapa el ingenioso carácter de sus compatriotas, puesta al servicio de la idea nuclear que late en el conjunto del libro: la idea del viaje. El viaje eterno. La emigración como concepto moral. Un concepto de plena vigencia, protagonizado en su caso por aquellos desamparados que viajaron de Irlanda para construir la Inglaterra moderna «bajo los cielos oscuros y la lluvia infinita», en una de las hermosas frases que contiene este libro.



Una de las fotografías del libro. :: S. PYKE



Retrato de un vecino de County Kerry. :: S. PYKE



1991, dos vecinas de Inishmaan. :: S. PYKE

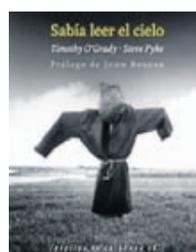


Aran Islands, retrato de tres generaciones. :: S. PYKE

Las raíces de Irlanda: Iglesia, nación y familia

Timothy O'Grady, autor de este experimento que significa 'Sabía leer el cielo', una obra planteada a partir de cuanto le sugería las emocionantes imágenes de Steve Pyke, encuentra alguna explicación a la perenne tendencia que exhibe el pueblo irlandés hacia el viaje. Su profunda condición emigrante nace a su juicio del peso de la proteica historia que nutre la raíz de los hijos de aquella isla: Iglesia, nación y familia construyen una malla tan tupida y agobiante que justifica la necesidad de marcharse, de peregrinar siempre «bajo el cielo oscuro y una lluvia aparentemente interminable», de alto poder simbólico.

PROSA



'SABÍA LEER EL CIELO'

Autores: Timothy O'Grady y Steve Pyke.
Editorial: Pepitas de Calabaza. 176 páginas.
España. 2016. Precio: 17 euros.